

Nos quedamos varados...

Hoy es 25 de mayo y por primera vez no me puse escarapela, no colgué la Bandera ni canté el Himno. No llamé bien temprano a mi papá para saludarlo, ni quise merendar pastelitos de membrillo. Hoy por primera vez no sentí que había Patria para festejar. Porque *Patria es ese lugar, esa comunidad con la que uno se siente vinculado o identificado, es el lugar al que pertenecés* y esta vez para mí fue diferente.

Dicen que la Patria es el otro, pero parece que no es tan así...cuando hace exactamente hoy 2 meses no nos dejaron subir al avión que nos traería de regreso a casa, por el solo hecho de ser argentinos, ese día, quedamos fuera de la Patria. Por decisión de quienes gobiernan nuestra Patria, quedamos afuera. Nosotros 4 y miles de argentinos más. Nos convertimos oficialmente en *varados en Miami* y automáticamente nos ganamos el odio y el desprecio de miles de compatriotas que, cómodamente desde sus casas, decían que era justo y bien merecido que no nos dejaran volver.

Algo que parece tan simple y democrático como es ejercer el derecho de regresar a tu país, se transformó en un imposible, en una meta inalcanzable. Ese día cambió todo. A nadie le interesaba por que estábamos afuera del país, podía ser por vacaciones (como en nuestro caso), por estudio, por trabajo, por un tratamiento médico o por lo que fuere, igual no importaba, si total éramos “los chetos con plata” que teníamos que cumplir “nuestra sentencia” quedándonos donde sea, esperando que algún día nos dejen volver.

Es difícil explicar todo lo que vivimos, pero más difícil fue y es tratar de que los demás nos entiendan. Pasamos días, semanas, aclarando a medio mundo: cuándo nos fuimos de viaje, por qué nos fuimos, si teníamos pasaje, si íbamos a la playa, si el estado nos estaba girando plata, si se nos había ocurrido llamar a Cancillería y, sobre todo, respondiendo la pregunta del millón “pero ¿qué? ¿Todavía no volvieron?” Eso sin olvidarnos de que a todos y cada uno con los que hablamos tuvimos que aclararles que NO recibíamos ayuda económica, que debíamos pagarnos el hospedaje y la comida, que conseguir una receta para un remedio era un trámite complejo, que teníamos pasaje pago para volver pero que sin embargo los vuelos de repatriación SON pagos, repito, son pagos. Porque mientras nosotros estábamos varados, abandonados y desamparados, acá en Argentina se encargaban de decir que todos recibíamos ayuda, que el 90% ya había vuelto, que nos pagaban el hospedaje y que nos traían gratis.

La situación fue angustiante, en nuestro caso la espera duró 43 días. Hay quienes volvieron antes, quienes volvieron después y quienes todavía no volvieron, porque, aunque cueste creerlo, todavía hoy hay miles de argentinos sin poder regresar.

Si tuviera que elegir una palabra que defina esta experiencia es *incertidumbre*, ya que nadie supo decirnos que iba a pasar con nosotros. El Consulado estaba cerrado, te atendían por teléfono después de mucho insistir, los que en un principio te decían que te quedas tranquilo porque “nuestro vuelo no iba a tener problemas” son los que después nos decían “nosotros no tenemos nada que ver, hable con su aerolínea”. Son los mismos que nos hicieron llenar un formulario a mediados de marzo que iba a ser “la base de datos para que Aerolíneas pueda volar” y después grabaron un mensaje en el contestador del Consulado que decía “el Consulado no arma ninguna base de datos”. No tenían idea de cuantos éramos ni en qué situación nos encontrábamos. Sin dejar de recordar que cuando mandabas un mail recibías una respuesta

automática donde te decían que si “necesitabas ayuda económica te mantuvieras en contacto con un familiar”. Inconsistencias, falta de asistencia, falta de respuesta, desidia, todo aumentaba nuestro abandono y nuestra vulnerabilidad. Y nuestro *derecho a regresar* diariamente pisoteado, negado y postergado.

Y a todo el daño psicológico que esta situación nos causó, daño que perdura en el tiempo y que será muy difícil de remediar y reparar, hay que sumarle el descalabro económico que esto produjo en todos los argentinos que nos vimos obligados a vivir en el exterior durante mucho más tiempo del que teníamos planeado. Gastos de hospedaje, traslado, comida, medicamentos y nuevos pasajes que muchísimos tuvieron que volver a comprar para regresar, gravados con un impuesto del 30% que nos obligaron a pagar para seguir siendo *solidarios* con los que desde su comodidad pedían a gritos que no nos dejaran volver.

Y en medio del abandono y la falta de ayuda por parte de quienes deben darte soluciones y respuestas y solo nos dieron la espalda, aparecieron los *Grupos de Whatsapp de Varados*. El concepto de ayuda y solidaridad en su máxima expresión. Gente que voluntariamente se puso la organización al hombro y logró coordinar la desesperación y la angustia de miles que no sabíamos para donde salir corriendo. Nos organizaron, nos censaron y finalmente se supo cuántos éramos los que estábamos allá. En esos grupos se compartía la información de vuelos (aunque durante casi 1 mes no hubo ninguno), datos de hospedaje, de ayuda médica, de trámites, todo lo que un varado puede necesitar. Los coordinadores nos pasaban el “informe oficial de novedades diarias” todas las noches.

Pero lo más importante de esos grupos, fue que la unión y la sensación de estar todos en el mismo barco que fue lo que nos mantuvo a flote. No nos conocimos personalmente, porque todos estábamos cumpliendo el aislamiento a rajatabla (la idea de enfermarse allá, aterroriza, de verdad), pero la sensación de pertenencia al grupo hizo que a medida que pasaban los días, además de consultar si había nuevo listado de vuelos, también se preguntaba donde conseguir yerba (porque quedarse sin mate es inconcebible), se compartían sentimientos y emociones, se discutía, se pedía quien podía dar una mano con un remedio, quien podía brindar ayuda psicológica o médica, quien sabía de algún alojamiento barato y sobre todo, donde se entregaba comida. Porque cuando los días fueron pasando y la plata se fue terminando, muchos tuvieron que pedir ayuda. Y ahí aparecieron otra vez personas desinteresadas, muchos argentinos residentes en EEUU y muchos americanos, que se ocuparon de conseguir y distribuir alimentos para cientos de varados que tenían que elegir entre pagarse el hospedaje o pagarse la comida. Otra vez la solidaridad cumpliendo el rol que el estado descuidó.

Se organizaron formas de difusión en redes y medios de comunicación, se armaron videos, nos contactamos con diarios, radios y canales de televisión. Nos hicimos escuchar. Hicimos visible nuestra situación, contamos la verdad, insistimos tanto que logramos (porque estoy plenamente convencida de que lo logramos nosotros) que empiecen a autorizar los vuelos mal llamados, de repatriación. Un “operativo” engañoso y con reglas y prioridades poco claras, pero que puso en evidencia que quienes toman las decisiones no pudieron seguir negando la realidad, los varados existimos y nos tienen que dejar volver a nuestro país.

Y así empezaron a aparecer vuelos...y ganarse la lotería es más fácil que recibir el mail que dice que estás “en la lista”. Lista que según Cancillería es organizada por las empresas y según las empresas, es armada por Cancillería. En el medio, los varados tratando de volver. Mails que van y vienen, relevamiento de datos, formularios, links de pagos que no llegan, desesperación.

Te toca en este vuelo, o no, quizá en el próximo, o no...no se sabe. Mientras tanto pasan los días y la angustia aumenta. Hasta que un día, después de otras 2 veces que nos habían contactado para distintos vuelos, pero que no volamos, nos llegaron los mails diciendo que, si el siguiente vuelo se autorizaba, nosotros teníamos lugar allí. Y 36 hs después nos llegó la confirmación. Lo que tanto esperamos había llegado y la ansiedad se mezclaba con la desesperación y la tristeza por todos los que quedan todavía allá. Llegada al Aeropuerto, control médico, entrega de formularios, más formularios, mas controles y subimos al avión. Lloré desconsoladamente durante medio vuelo y en el aterrizaje también. Y aplaudí, aunque me había jurado no aplaudir, pero aplaudí.

Bajar del avión ya me cambió el humor, la angustia quedó en el asiento 15 y cuando vi que nos dejaban esperando a todos apretados, uno al lado del otro en la manga, esperando que nos dejen entrar, ahí empecé a sentir que había puesto un pie en el país de la desorganización. Me preguntaba “¿dónde estará el estricto control sanitario por el cual no nos dejaron volver por 43 días?” Pasamos por el control de temperatura, mostramos el documento a una persona muy amable con barbijo que estaba parada al lado de otro totalmente enfundado en uniforme quirúrgico con barbijo y máscara y nos hicieron parar en filas distanciados a 1 metro uno de otro durante casi media hora, para después dejarnos bajar a hacer migraciones, donde todos nos volvimos a juntar y apretujar en una fila donde cumplir el *distanciamiento social* era una misión imposible. El país de la incoherencia y la improvisación.

Una vez retirado el equipaje, que en nuestro caso tuvimos la suerte de encontrar completo y en buen estado, salimos del aeropuerto y nos subimos al remise que teníamos contratado. Somos de Provincia de BsAs, así que nos podíamos ir a casa. Distinta suerte corrieron los de Capital que fueron a hoteles y los del interior que pasaron días viajando hacinados en micro, para llegar cada uno a su provincia. Cumplimos los 14 días de aislamiento obligatorio en nuestra casa, sin asomar la nariz a la calle. Fuimos completamente responsables, por nosotros y por los demás. Del estado nos llamaron solo una vez 4 días después de llegar para ver cómo nos encontrábamos, después nunca más. No nos hicieron el test, no nos controlaron. Pero siguen diciendo que somos los responsables de traer el virus al país. Y con tanta mentira y datos falsos, hay quienes les creen.

Mientras tanto los varados, que algunos pasamos a ser “ex varados”, estamos haciendo magia para pagar las tarjetas, para cubrir deudas, para ponernos al día con las cuentas. Volvimos a nuestra vida, pero que ya no es la que teníamos antes de irnos de viaje. Porque el mundo cambió, porque las rutinas cambiaron, porque el país cambió y porque nosotros cambiamos. Nadie nos va a poder sacar del corazón la angustia que sentimos ese 25 de marzo cuando nos dijeron “los argentinos no embarcan”. Nos cerraron la puerta, nos dejaron afuera, nos abandonaron. Nos sacaron el derecho a volver a nuestra Patria y todavía no se lo devolvieron a todos.

Por eso hoy no celebré nada, porque la Patria somos todos y no estamos todos, hasta que no vuelva el último.